

PERU CÁMARA

CORDELIA

DEL MISMO AUTOR
EN DUOMO EDICIONES:

Galerna

PERU CÁMARA

CORDELIA



Duomo ediciones

Barcelona, 2024

© 2024, Peru Cámara

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo
con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona.

© 2024, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2024

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. 08010 Barcelona, España (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-1952-143-9

Código IBIC: FA

Depósito legal: B 21.768-2023

Diseño y composición:

Grafime S.L.

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Erika, mi persona favorita

In Excelsis
En lo más alto

**Centro Alto
Rendimiento
Euskadi (CAR)**



**Ausa
Gaztelu**

río Aitzola

río Urdanzulo

río Urrutzi

río Aritzaga

Pico de Ganboa
(1.413 m)

Pico de Malkorri
(1.329 m)

Igaratza



Ermita de Andra Mari



Refugio de Errenaga

arroyo Maizegi

arroyo Zamiola

Sierra de Aralar

Casa forestal
Guardetxe



**Santuario de
San Miguel in Excelsis**

Uruntzur
(afuente del
río Arakil)

NAVARRA

Lekunberri



GUIPÚZCOA

Parte I

PRÓLOGO

Cordelia no supo que se llamaba así hasta que desembarcó en la península ibérica. Nacida en el interior de Estados Unidos, cruzó el océano Atlántico, se cargó de aire caliente en las islas Azores y penetró en España por el sur. Hasta ahí, todo bien. El asunto se torció cuando, superada la mitad norte del país, esa masa de bajas presiones se cargó con la humedad de un frente proveniente del mar Mediterráneo y topó con una serie de masas de aire frío derivadas de un vórtice polar ártico. El embolsamiento de aire gélido se columpió hacia las capas bajas de la troposfera y, al verse rodeada de aire cálido, originó una explosión en forma de bajada brutal de las temperaturas, nieve a chorro y vientos huracanados que impactó de pleno en el litoral cantábrico. Cordelia ya no era una borrasca menor, había ascendido a la categoría de alerta roja, y se esperaba que, debido a la lentitud en su desplazamiento, la pauta de ventiscas se repitiera a lo largo de toda la semana.

Como se trataba de la tercera borrasca de la temporada, AEMET, junto con sus homólogos portugueses, franceses e irlandeses (los ingleses ostentaban su propia agencia, *of course*), tiraron de abecedario y la bautizaron de esa manera, no en honor al personaje de Shakespeare, sino por la tía de uno de los meteorólogos, una mujer de fuerte carácter con tendencia a reventar las reuniones familiares. Las tres condiciones para nombrar una borrasca eran: 1) que su nombre fuese sonoro, fácilmente reproducible en los medios de comunicación; 2) que

la lista alternase nombres en femenino y en masculino, a fin de evitar las asociaciones negativas a un sexo; y 3) que el país que sufría primero las consecuencias de la borrasca le daba oficialidad, la bautizaba. Antes habían llegado Aitana y Braulio, sin causar trastorno alguno. Sin embargo, Cordelia era diferente y, como una buena diva, había cruzado el charco con la intención de causar un destrozo de proporciones colosales. Y vaya si lo consiguió.

El cuerpo de Izaro Arakama fue hallado sin vida a la mañana siguiente de que Cordelia iniciase su orgía destructiva.

CAPÍTULO I

Domingo, 16 de febrero de 2020

Santuario San Miguel in Excelsis, sierra de Aralar

17:00

FALTAN SEIS DÍAS PARA LA GALA

—**R**ecuérdame por qué a ti te han ascendido a inspector y yo me he pasado los últimos seis meses limpiando la junta de las baldosas con un cepillo de dientes —dijo el forense Aitor Intxaurreaga, al tiempo que trataba de sacar su raqueta de entre la nieve.

—Todo son prisas para vosotros, los jóvenes —respondió el inspector Otamendi sin hacerle mucho caso, concentrado en lo que hacían varios metros más arriba sus dos subordinados, los agentes Llarena y Gómez—. Lo queréis todo ya, ahora. No sabéis vivir el presente. Mira. Mira qué paisaje, qué belleza —le dijo para que se distrajera, quitándoselo de encima.

Aitor levantó la cabeza. Si no le costase tanto avanzar, convendría en que el entorno era espectacular. Tras una noche de temporal salvaje, la visibilidad desde el mirador era absoluta y se podía disfrutar del valle de Sakana prácticamente en su totalidad, unos mil metros más abajo, rajado en el centro por la autovía A-10. Frente a ellos, al otro lado de la hondonada, formando un muro calcáreo infranqueable, se alzaban las sierras de Andía y Urbasa. La panorámica era nueva para

él; jamás había visto tanta nieve junta, algo que, por muy idílico que pudiera parecer a primera vista, era un marrón para trabajar. «Si no, de qué me iban a haber dejado salir del Instituto de Medicina Legal», barruntó para sí, enfadado. Y es que sentía que, desde los hechos acontecidos en San Sebastián durante la noche de galerna, hacía unos pocos meses, había caído en desgracia en el Instituto y sus superiores parecían haber emprendido una actitud de represalia contra él. Pese a haberse jugado la vida y haber sido clave en la resolución de aquel caso, había pasado el último medio año relegado a las tareas más tediosas e intrascendentes de la morgue y, en caso de tener una salida, lo había hecho siempre bajo supervisión. Aquella era una manera de recordarle que las órdenes no se desobedecían y que en el Instituto no se aceptaban conductas díscolas ni almas libres. El joven forense sabía que en aquella contada ocasión le habían soltado solo y al aire libre porque las condiciones eran nefastas, con frío, nieve y en un lugar de imposible acceso para vehículos de motor. A ninguno de sus superiores le apetecía lo más mínimo tener que subir a pie hasta el santuario de San Miguel de Aralar para certificar la muerte por hipotermia de una montañera extraviada.

Sin embargo, para Aitor, el fallecimiento de Izaro Arakama no era una defunción más. En Guipúzcoa morían al día trece personas, que no acostumbraban a pisar la mesa de autopsias; de hecho, desde septiembre, Aitor había certificado cuarenta y tres muertes: diecisiete por suicidio, diez en accidente de tráfico, ocho en accidente laboral, tres por ahogamiento, cuatro por infarto y una por caída mientras el fallecido se hacía un selfi. A eso había que sumarle el hallazgo de un bebé en un contenedor que, tras todas las acciones pertinentes llevadas a cabo —atestado y toma de muestras incluidas—, resultó ser un

muñeco. Realista a más no poder, pero un muñeco al fin y al cabo. Esas muertes, las de verdad, abstrayéndose de la pérdida y de la tristeza de quienes rodeaban a los difuntos, entraban en la normalidad estadística de una provincia de setecientos mil habitantes. Aitor estaba frustrado y, lo que era peor y más le preocupaba, había dejado de esperar nada del Instituto de Medicina Legal, su casa, el lugar donde había soñado trabajar toda su vida. Eso era lo que más le dolía: el desapego que empezaba a sentir por aquel lugar. Por eso la defunción de Izaro Arakama era importante para él. Necesitaba recuperar esa emoción, ese vínculo entre su trabajo y el servicio a la comunidad. Aquella mujer dejaba dos huérfanos de madre, un niño y una niña, y él había vivido en sus carnes la importancia de las respuestas. Algún día, esos niños crecerían y necesitarían entender. Para eso estaba él allí.

—Otamendi, si queréis volver a pie con el cuerpo hasta vuestro coche patrulla, vais a tener que daros prisa. —La voz de Laia Palacios interrumpió sus divagaciones.

Se trataba de una experimentada agente de la unidad de montaña de la Policía Foral de Navarra y una vieja conocida del inspector Otamendi. Su homóloga navarra acudía en calidad de guía, dado que el cuerpo de Izaro Arakama había sido hallado bajo su jurisdicción. De hecho, la familia residía en Lekunberri, pero la víctima aún seguía empadronada en San Sebastián. De ahí la presencia de la Ertzaintza y del Instituto Vasco de Medicina Legal en aquel paraje.

—Trataremos de ser raudos y veloces. ¿A que sí, doctor?
—El inspector interpeló a Aitor con el codo.

Este lo miró molesto, rodeado de incomodidades como estaba.

—Todo eso que veis es la hospedería.

Laia Palacios, de ojos rasgados y flequillo cortado a hacha-

zos, se refería al ala sur del complejo, edificado en el desnivel más bajo del terreno: un rectángulo de piedra de tres pisos con pequeñas ventanas. La fachada estaba desconchada en algunos tramos, por los que se podía vislumbrar el hierro corrugado de la estructura. La policía foral les contó que aquella ala sur había hecho las veces de albergue, orfanato y escuela, alojando a los niños del valle cuyos padres no podían mantenerlos.

—Esto es una reconstrucción, la original ardió en un incendio hace ya..., no sé. Ochenta años, creo, y la restauraron con fondos de la Diputación. Bueno, da un poco igual. Está en desuso. Y eso de debajo es el restaurante.

Una nave de baja altura, con cubierta a dos aguas de tejas de pizarra, avanzaba hasta el comienzo de lo que parecía un aparcamiento sepultado bajo la nieve. El interior bullía de gente sentada alrededor de las mesas y un ir y venir continuo a la barra. A primera vista, habría al menos quince personas en el bar. Se trataba de una pequeña comitiva de la partida de búsqueda de Izaro Arakama. Un cartel de SALDA BADAGO («Hay caldo») colgaba oscilante de la puerta.

—Reunión de pastores, oveja muerta —renegó la agente Palacios, pasando de largo.

Subieron por una escalinata de peldaños muy tendidos hacia la iglesia. La nieve, apartada en montículos a los lados del camino, los superaba en altura.

—¿Románico? —le preguntó Aitor al inspector Otamendi, señalando el templo religioso de roca que se erguía ante ellos.

Por lo poco que él sabía, el estilo gótico tendía hacia arriba y el románico, hacia el recogimiento. Y aquella construcción parecía más compacta que otra cosa.

—Ni idea, a mí me parece que estamos en una escena de *El nombre de la rosa* —respondió el inspector.

El agente primero de la Ertzaintza Lander Llarena los espe-

raba agarrado a ambos lados del marco de la puerta que daba acceso a un largo pasillo. Tenía cara de pocos amigos.

—La escena está totalmente contaminada. Aquí ha habido peregrinaje —dijo mirando hacia el interior.

Aitor echó un vistazo hacia dentro y despotricó para sí. El suelo de piedra estaba mojado y lleno de huellas y barro. Dos agentes forales, una mujer y un hombre, ambos jóvenes, se apresuraron a dar explicaciones.

—Estaba así cuando hemos llegado; habían organizado un rezo junto al cuerpo. Hemos echado a todo el mundo fuera —dijo la policía foral, de estatura baja—. Creemos que, al menos, nadie la ha tocado.

Su tono de voz y su expresión corporal denotaban cierta contrición debido a lo alterada que estaba la escena.

—Estos son mis compañeros: Joana Satrustegi e Iker Toquero —los presentó Laia Palacios.

Antes de que nadie pudiese formular alguna pregunta más, una señora mayor de pelo rosa y cara arrugada se coló en el círculo hasta situarse en la axila de Llarena. Habló a una velocidad endiablada, la misma a la que gesticulaba.

—¡Oye! ¿Qué es eso de que no dejáis a Ángel estar dentro con el cuerpo de su mujer? —increpó la señora, señalando hacia atrás—. ¡Debería daros vergüenza!

Aitor se volvió en la dirección que marcaba el torcido dedo índice de la anciana. Un grupo de tres montañeros provistos de palas rodeaban a dos hombres de mediana edad. Reconoció al viudo de inmediato. Era el que estaba destrozado, con los ojos enrojecidos.

—Señora, ¿por qué no se va usted a tomar un caldo al bar y nos deja hacer nuestro trabajo? —La voz del agente Llarena le salió *in crescendo* de la boca.

—¡Tu trabajo era encontrarla con vida! —replicó la mujer.

Los tres hombres de las palas, también entrados en años, se aproximaron barruntando y agitando las herramientas.

—¡Llevamos toda la mañana quitando nieve para que vosotros vengáis aquí de paseo! —les reprochó uno de ellos.

—¡A ver si va a ser culpa nuestra que esa mujer —Llarena señaló hacia el interior— saliese a dar una vuelta en medio de una tormenta de nieve!

—¡Llarena!

El grito de Jaime Otamendi, grave, silenció el tumulto. El inspector miró a los presentes, uno a uno, y todos bajaron la cabeza. Todos excepto Aitor. Cuando se hizo el silencio absoluto, tomó a la agente Palacios por la solapa de su chamarra y le dijo en voz baja:

—Laia, hazme un favor, que tus chicos saquen a toda esta gente de aquí, pero escuchad —Otamendi se volvió hacia los dos agentes más jóvenes—, los ponéis en fila en la puerta del restaurante, y antes de mandarlos monte abajo, les sacáis fotos a todas las suelas de las botas. ¿De acuerdo?

La agente foral asintió, deseosa de poner el dispositivo en marcha, y les hizo una señal a sus dos compañeros, que, con mucha mano izquierda, se llevaron de allí a los montañeros de las palas y a la señora malhumorada.

—Ven, Mertxe —le dijo la foral más joven, la agente Sa-trustegi, a la mujer—, que tienes que echarnos una mano con los del restaurante.

—¡Es que no hay derecho, la pobre allí sola en la iglesia y el marido sin poder entrar! —se quejaba la voluntaria.

—Anda que tú también vaya mala leche te canta... —le decía la policía pasándole el brazo por encima mientras los encaminaba pendiente abajo, hacia el restaurante.

—Llarena, acércate —ordenó Otamendi—. Ocupate del interior: fotos, huellas de pisadas y muestras. ¿Y dónde está Gómez?

—Allí. —Señaló el cabo primero.

El agente Gómez estaba en el patio frontal, a unos veinte metros, junto a una pequeña ermita. Deambulaba mirando al suelo más allá de su frondosa barba y apartando la nieve con las botas.

—Perfecto, eso es lo que quiero que haga, que busque algún indicio en los alrededores que pueda revelarnos la ruta por la que llegó Izaro Arakama. Que también se dé una vuelta por la cara norte del complejo, ¿estamos?

El agente Llarena asintió.

—Y una cosa más, Lander. —El inspector agachó la cabeza, con lo que obligó al cabo a hacer lo mismo si quería escuchar lo que tenía que decir—. Nosotros nos comemos una bronca, pero eso no es nada en comparación con la pérdida de una vida. No te enfrentes a la gente, tenemos que estar por encima de eso.

—Pero...

El inspector no le dejó continuar. Se volvió hacia Aitor y le dijo:

—Forense, tú te vienes con Palacios y conmigo a hablar con el viudo.

La cabecera de la iglesia, en el exterior, estaba formada por tres ábsides. Junto al principal, de forma octogonal, les esperaban dos hombres: Ángel Ruiz tenía la frente pegada a la fachada y el hombre que le apoyaba la mano en la espalda, tratando de consolarlo, debía de ser consanguíneo suyo, dado el parecido físico entre ambos.

—Ángel, siento mucho su pérdida —dijo la agente Palacios, tendiéndole la mano—. Estos son el inspector de la Ertzaintza Jaime Otamendi y el médico forense Aitor Intxaurreaga. —Luego señaló al otro hombre y continuó—: Él es Ricardo Ruiz, el hermano de Ángel.

El hombre se sorbió los mocos y estrechó las manos de los presentes mientras exhalaba un hilillo de voz:

—Me han dicho que saliera. ¿Cuándo voy a poder llevarme el cuerpo?

El viudo tenía unos ojos claros y pequeños que suplicaban consuelo, y las mejillas sonrosadas por el frío, lo que en conjunto le otorgaba aspecto de duendecillo.

—Necesitamos que tengas paciencia, Ángel. Te garantizo que te entregaremos el cuerpo lo antes posible —respondió la agente Palacios.

—Señor Ruiz, mis condolencias —dijo el inspector Otamendi, abriendo un bloc de notas—. Soy consciente de que esto tiene que ser difícil para usted, pero, por nuestra experiencia, creemos que es importante hablar lo antes posible con usted para evitar que se desvanezcan los detalles.

Ángel Ruiz balbució un «de acuerdo» apenas inteligible y se quedó mirando al ertzaina como si estuviese esperando a que le dijese qué hacer en ese momento.

—Cuénteme: ¿a qué hora salió Izaro de casa? —preguntó el inspector.

—Serían las ocho de la mañana o así —dijo el hombre buscando la aprobación de su hermano con un gesto—. Hacia las dos el cielo estaba muy encapotado y Aralar ni se veía desde Lekunberri, por lo que empezamos a preocuparnos. Como una hora después dimos la alarma.

Laia Palacios, que había organizado el dispositivo de búsqueda, asentía con la cabeza, rememorando los hechos del día anterior.

—A las cinco de la tarde salimos del aparcamiento de Guardetxe, el punto de partida, cincuenta personas en busca de Izaro —rememoró Ángel Ruiz.

—Empezamos desde allí porque pensábamos que sería donde Izaro habría dejado el coche —añadió Ricardo, el hermano.

—Dos horas después los forales nos mandaban para casa. —Un tono amargo de reproche se traslucía en las palabras del viudo.

—La situación se había vuelto insostenible: la nieve caía de frente, no se veía nada a más de dos metros y el descenso de temperaturas... fue brutal —se justificó Laia Palacios—. No podíamos arriesgarnos a perder a alguien más. Era muy peligroso.

—Dígame —continuó el inspector Otamendi, que trataba de usar su tono más suave y comprensivo—: ¿sabía Izaro que venía el temporal de frío y nieve?

—Sí, sí que lo sabía —intervino el hermano—. Yo estaba en casa cuando hablamos del tema. Ya había nevado a lo largo de la noche anterior y Aralar se veía blanco desde casa. Nos dijo que estuviésemos tranquilos, que iba a hacer la ruta de siempre y que volvería para el mediodía, antes de que la tormenta llegase. Que lo tenía todo controlado.

—¿Era habitual que Izaro no se llevase el móvil?

—Sí —respondió Ángel Ruiz—, decía que la distraía. Que de lo contrario paseaba mirando la pantalla y no el paisaje.

—¿Era creyente? —preguntó el inspector Otamendi mientras seguía apuntando en su libreta—. Quiero decir, ¿tenía algún tipo de vínculo espiritual con este lugar?

—No, bueno... —Ángel Ruiz trataba de encontrar las palabras—. Decía que le gustaba darse una vuelta por aquí. Pero no era por lo de Dios y esas cosas, sino más por el lugar. Decía que le daba paz.

El viudo volvió la cabeza hacia el suelo y se puso a llorar.

Se quedaron en silencio. Aitor, pese a ser consciente de que la toma de testimonios era esencial para el curso de la investigación, había permanecido en un discreto segundo plano, deseoso de examinar el cuerpo de Izaro Arakama. Aun así, echó de menos la habitual locuacidad de Jaime Otamendi. Le ob-

servó y advirtió que tenía la mirada perdida. A saber en qué estaría pensando. ¿En su propia esposa, tal vez? No lo creía. El inspector era más de dejar que los silencios hablasen por sí solos, de esperar a que alguien se pusiese nervioso, incómodo por la situación, y que entonces dijese algo de interés. Pero el que se estaba inquietando era él. Necesitaba ver el cadáver cuanto antes.

—Ángel, tenéis que volver a Lekunberri —dijo la agente foral Laia Palacios.

Al parecer, Aitor no era el único que tenía prisa.

—Pero...

—El cuerpo será trasladado al Instituto de Medicina Legal de San Sebastián. Recuerda que, a efectos legales, vuestra primera residencia sigue estando allí. —Laia Palacios usaba un tono suave y pedagógico—. Cuando esté listo os avisaremos para que podáis organizar la despedida que vosotros consideréis adecuada.

La agente foral le hizo un gesto al hermano, que se llevó al viudo a rastras, sin que este pudiese oponer resistencia.

Era el momento de entrar.

Laia Palacios guió al interior al inspector Otamendi y a Aitor. Una vez bajo techo, la luz mudó a un tono más apagado y lúgubre. Estaban en un pasillo de piedra con techo de vigas de madera; a la izquierda, un par de ventanitas a ras de suelo controlaban la ambientación; Llarena estaba fotografiando cámara en mano todas y cada una de las muchas huellas que había en el suelo embarrado. Aitor maldijo la tardanza en llegar a la escena del deceso: aquello eran los restos de toda una procesión de personas. Sacó unas calzas de plástico y unos guantes y se las tendió a la agente Palacios, que se puso todo *ipso facto*. Luego se vistió con un buzo blanco. Caminaron junto a las hornacinas de la pared del lado derecho, evitando pisar el rastro

de huellas marrones, y atravesaron la galería por la pasarela habilitada para personas de movilidad reducida hasta llegar a un pórtico cubierto donde una única ventana, en el muro septentrional, aportaba luz natural.

—Esta anteiglesia se llama nártex. Antes había allí una puerta, pero ahora está tapiada para evitar las inclemencias del tiempo —dijo la foral, señalando un hueco obstruido en el muro norte de la estancia, bajo la ventana—. Esta sala simboliza el tránsito del paganismo al cristianismo.

—Joder, Laia, ¿qué eres, guía turística en tus ratos libres? —le vaciló el inspector Otamendi.

—Lo que no soy es una inculta como tú —se defendió la policía—. Venga, pasad deprisa.

Laia Palacios los guio hacia el interior. Lo primero que encontraron fue una intracapilla, una especie de minioratorio con tejado, dentro de la propia iglesia.

—Esas son las cadenas de Don Teodosio —señaló la agente—. La tradición dice que hay que pasárselas tres veces por encima de la cabeza...

Aitor se sintió en otro mundo, en otra época. Todo era de piedra, vetusto, tosco y con pretensión intimidante. Había empezado a sentir ese cosquilleo en el estómago, esa ansiedad causada por la anticipación de encontrarse ante un cadáver.

Rodearon la construcción por la derecha y avanzaron por la nave lateral. Hasta una altura un poco por encima de sus cabezas, el templo estaba construido en piedra caliza, de color beis-amarillento; a partir de ahí, las paredes adoptaban un tono más oscuro, grisáceo, debido a la piedra arenisca con la que habían sido construidas. Salvo la primera columna, que era redonda, el resto tenían forma octogonal. Pasaron por delante de los confesionarios y llegaron a la nave central, con diferencia la más amplia de las tres; el techo lo cubría una bóveda de cañón. La

iluminación real corría a cargo de focos orientados de manera interesada hacia el altar y la cúpula de un cuarto de esfera, de forma que la luz llovía celestialmente desde arriba. El resto de la lumbre se basaba en candelabros reales y falsos que le daban una atmósfera de recogimiento a la iglesia.

En efecto, allí era. Para su alivio, el suelo parecía estar limpio de pisadas. El cuerpo de Izaro Arakama yacía en la primera fila de bancos de madera. Se encontraba en posición decúbito lateral, es decir, de lado, con las manos metidas, palma con palma, bajo el rostro, y el cuerpo encorvado, recogido. Era una imagen magnética. Jamás se lo reconocería a nadie, pero a Aitor le parecía que la imagen de aquella mujer tendida sin vida sobre la superficie barnizada desprendía cierta belleza. El médico forense sintió el pulso acelerándose, el cuerpo caliente debido a la ascensión colisionando con el ambiente helado de la iglesia, la ansiedad por examinar el cadáver en aumento...

—Ahí, en el altar, está la efigie de san Miguel y ese retablo de ahí lo robaron. Fue obra de Erik el Belga —les contó Laia Palacios, expulsando el aire y dando por finalizada la visita guiada.

Ahora les tocaba a ellos.

Sin prestar mucha atención a una escultura alada que sostenía una cruz sobre la cabeza ni al enorme retablo que contenía el frontal esmaltado de color dorado, Aitor se acuclilló delante del cuerpo. El rostro había adoptado un color violáceo; la piel parecía embalsamada, tersa, sin arruga alguna. Mostraba una expresión de descanso, de paz. «Una mujer guapa —pensó Aitor—: cuarenta y pico, pelo moreno y largo, frente amplia, cejas finas, largas pestañas, mentón estrecho...». Se dice que la muerte por frío es dulce, ya que el cerebro se deja ir y la pérdida de contacto con la realidad llega a ser total. Él no lo veía igual. Los momentos previos, aquellos en los que eres cons-

ciente de lo que se te viene encima, abandonado a tu suerte, solo, presa del miedo, los imaginó como una tortura. Aquella mujer había vagado una noche entera por un páramo de nieve y niebla, aterida: era una pésima manera de morir.

—Deduzco que llegaría aquí pensando que este era el lugar más cálido y se dejó caer ahí —dijo el inspector Otamendi, sorteando las hileras de bancos.

Aitor abrió la boca del cadáver.

—Mira esto, Jaime —dijo el forense.

—¿Qué pasa? —preguntó el inspector Otamendi.

—Ilumina el interior —le invitó, separando los carrillos—. Aftas.

—¿Causadas por el frío? —preguntó Otamendi.

—No, que yo sepa —negó Aitor mientras sacaba la cámara para fotografiarlas—. Hay diferentes motivos: falta de vitamina B12, una infección vírica o cambios hormonales. Aunque, según mi experiencia, las causas más repetidas son el estrés y la ansiedad.

—Pues muy bien —dijo el inspector sin mucha emoción, dándose la vuelta—. Venga, sigue, que nos quedamos sin tiempo.

Aitor miró su reloj Casio: eran las seis de la tarde, apenas quedaba media hora de luz diurna. «Siempre hay prisa», maldijo Aitor con rabia. Uno no podía acelerar procesos que requerían unos tiempos, como si un examen preliminar se hiciese en un chasquear de dedos. Abrió la chaqueta de la montañera y exploró el cuello y la zona del pecho. Izaro Arakama tenía la piel entre azul y morada, con una fina capa transparente al tacto, como revestida en cera, a causa de la vasoconstricción cutánea. Supuso que, al hacer la autopsia, encontrarían signos de edema pulmonar por fallo cardiovascular o, directamente, un corazón que había dejado de latir a causa del frío. Aitor la

miró: parecía plácida allí tumbada. Se preguntó si habría pasado miedo y esperó que hubiese perdido la razón mucho antes de darse cuenta de que iba a morir.

Le sacó las manos de debajo de la cara, le quitó los guantes, los metió en una bolsa y le examinó los dedos: parecían pústulas a punto de reventar; se trataba de ampollas causadas por la congelación. Las uñas no daban la impresión de albergar partículas. Aitor cogió el termómetro, se dispuso a tomar la temperatura por vía rectal y fue en ese momento, al desabrochar el pantalón, cuando la prenda crujió como si se tratase de cartón. Las calzas estaban congeladas. Pequeñas capas de hielo se desprendieron de la membrana de Gore-Tex y cayeron al suelo empedrado.

—Jaime, ven —dijo Aitor sorprendido, señalando la ropa agarrotada.

El inspector Otamendi volvió a su lado y se agachó ante el cuerpo.

—Ayúdame a quitarle las botas —pidió el forense—. Toma, mételas aquí.

El inspector obedeció e introdujo el calzado en bolsas de pruebas mientras Aitor desvestía el cuerpo.

—La hostia —blasfemó el forense—. Mira esto.

Las piernas de Izaro Arakama estaban blancas, de un color muy diferente al de su cara o sus manos. Aitor respiró hondo y se obligó a calmarse. El familiar temblor en las rodillas se unía a una especie de pánico al descontrol que le cosquilleaba la cabeza cuando no entendía algo. Sabía qué hacer: nada de anticiparse, debía ir a lo inmediato; «¿Cómo se come un elefante? Pedazo a pedazo». Le quitó los calcetines: los dedos de los pies estaban totalmente agarrotados. Se giró hacia el inspector Otamendi, que le devolvió una mirada inmutable. «No es el momento de hacer elucubraciones», le indicaba con la vista.